

Cu861.4
F3636a
Ej.2.

ALABANZAS, CONVERSACIONES

[1951 - 1955]

Primera edición, 1955

Derechos reservados conforme a la ley
Copyright by El Colegio de México

Impreso y hecho en México
Printed and made in México

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Alabanzas,
conversaciones
[1951 - 1955]

EL COLEGIO DE MÉXICO

**A
MI ESPOSA:
ESTE POEMA,
ESTE CUADERNO,
SUYOS**

CUANDO me va a faltar la piedra
bajo la vida, como una luz
amontonada, allí te veo,
llena de alas duras y tiernas,
con el rayo del mediodía
que es luego la tela de la tarde.

Y cuando viene la llamarada,
oscuro manotazo final,
y el ojo está solo en la cara
como un jinete trunco,
hay una línea que no cede,
hay algo fijo, un cuarto cerrado
que esquivan los yerros, y es por ti
que está recta la puerta, es por ti
que desde los altos cristales
se puede ver que vuelven los amigos,
las noches maternas,
las sillas firmes, las aguas.

CUANDO el ciervo regresa cansado,
mordido el flanco de cazadoras lanzas,
va junto al fuego, jadea, sonríe,
cuatro manos le ablandan el arreo
de agonía, y las dos tiernas,
las dos útiles, son las tuyas,
y las más torpes al cabo las sujetan.
Y el ciervo duerme junto al fuego.

Otra arribada

TOCO TUS BORDES

Toco tus bordes. Ha confiado el corazón,
creyó (era la tarde, cesaba el crujido):
era quizás posible que lo verdadero
fuera ese árbol, fuera esa nube,
fuera esa calle conocida, ahora ignorada;
lo cierto era (así pensaba) ese carro que baja
sobre las piedras totales de la infancia,
la conversación infinita del hogar,
hecha del ruido de una madre y
del apego de los huesos y de los golpes
recibidos en lo más tierno del día
y de un otoño de palabras y de un llanto que rompe.
Sólo veo realidades, sólo hablo
yerbas, aceras, amigos,
sólo espesor me ayuda, solo estoy
contra mi alma, aguardando, dando
lo que me reste, sólo miro la línea
que, en efecto, traza la esposa,
como el claro lleno que al marcharse,
llena de esplendor, ungida, deja la noche.
Nada esperaba, pero me rodea un bosque
de cruel plenitud: tristísima alegría

que no solicité, dulce dolor que acaso
no fué destinado a mi oído, melodía
de la vida, todavía no te entiendo,
eres oscura aún. Como un empuje
de cuerpos por el sueño, como el empujón
de las bestias en la planicie,
voy a confiar, camino temblando hacia tu pecho.

SÓLO EXISTE

SÓLO existe de veras quien dialoga,
y rostro a rostro con el gran aire,
en jadeo con las cosas totales,
les va sacando voces, letras
que con dura piedra negaban.

Sólo es quien agrietó la luz
y le vió la terrible cara dorada,
le vió el hueso a la mañana,
el polvo fijo al árbol, al
que va riendo, su quemadura.

Pero pesa como definitivo hierro,
siendo, ése de vista verdadera
que ve las alcándaras del aire,
el delicadísimo halcón de la tarde
cayendo sobre oscura presa.

OTRA ARRIBADA

SIEMPRE la armada, la perfecta,
verídicamente desdentada
y sonriente de espeso humo,
de hueso y calavera abierta,
me está fijamente viendo
sin algazara ni descanso.

Desde el corazón materno
y la reidora cara del niño,
mirándome está, grave,
como distante y desdibujada,
y en realidad presente
total, quizás única piedra
de todo este palacio
polvoriento y amado
en que cuido de mantener
verbo o pobre plegaria
para esperar otra arribada.

NO HAY NOCHE

Vendrá viniendo con venir eterno

UNAMUNO

No HAY noche que no vuelva:
sube las lentas horas
oscuras, va apagando
el libro entre las manos,
el ruido de vivir,
hace como un cristal
silencioso y vacío,
y vuelve su caída
sobre los ojos, siempre
con nuevo asombro: vuelve
la total volteadura
de los prestados huesos:
llega otra vez la amada
de venideras nupcias
seguras, la certeza
de devolver los ojos
que son miradas, los
dientes que son estrofas,
la pierna que es andar.

Recuerdo de morir,
larga mano: no faltas
jamás, retornas, silbas
tu canción en mi oído.
(Una noche no habrá
en el dejado lecho
cabeza para oírte.)

LA VISITA

Estuvo aquí, marchaba extrañamente;
como quien busca afanoso un antiguo pergamino, sonrió.
La cauda de las palabras se desprendía de sus polvosas hojas
y acrecentaba al silencio.
Sabía tus señas, tus menores sonidos (sonreía).
Dejó dispersas algunas laminadas preguntas:
entre el rumor del árbol vecino, sobre la mesa
que leales papeles no vigilaron esta vez,
en el vaso, en los platos amigos,
bajo las telas de proteger y brillar, quizás en el imperioso,
en el delicado, en el inagotable mundo del aire.

HACIA EL ALBA

FUI SIENDO envuelto en lo recio oscuro;
negra noche o blanca mortaja
me impedía la mirada;
ya no rozaban los huesos el aire;
ni una línea de la garganta
dañaba al total silencio;
más que reposado, ido,
yacía quizás, o quizás
sencillamente no yacía,
vuelto hacia nada verdaderas,
ausente, desaparecido.

Pero una lejana voz pura,
compadecida y alegre,
vuéluano —dijo— a someter
a las cresterías de la mañana.
Noche o tela se disipó,
y entonces cantó el alba antigua.

LAS ESTRELLAS

Los duros ojos de los ángeles
me miran desde el alto cielo,
suspendidos por un instante,
y desaparecidos luego.
(Porque aunque sigan reposando
entre el otro vacío y el fuego
que les devora el corazón,
ya no me alumbrarán el tiempo.)

Los duros ojos de los ángeles
miran un poco; después, ciegos,
dejan la luz: somos a oscuras
con lo nocturno que es eterno.
Todo negror, sin esos ojos,
nos hace sitio verdadero,
incansable noche vacía,
sin aire azul y sin luceros.

Los duros ojos de los ángeles,
que al pecho del cielo dan huesos,
¿me mirarán alguna vez
el rostro cumplido aunque muerto,

y lo sacarán de la noche
a que se encamina mi cuerpo,
cuando las voces bajas hablen
de cómo es ido ya Roberto?

TIEMPOS

RECORRO los meses, su altivez
en noviembre, el espeso agosto,
la temblorosa puerta de enero;
voy entre días como barcos,
el joven tres, indeciso,
el quince astuto, los apresurados
veintitantos corriendo hasta el campanazo
del treinta: límpido bronce que detiene.
(Y aun, a veces, se escucha un poco más,
una voz que vuelve.)

Hay un día como un hueco,
un hosco mes, que aguardan
que se me rompan las rodillas
y allí reste para siempre y pocas
memorias: volviendo como un raro
animal a la frente, en esa cifra,
fija clarinada última
en que se vino abajo el corazón.

POR OTRO REY

LARGOS, infinitos poemas vienen: yo los rechazo;
vuelven como en oleadas insistentes, en paños,
en aguas vastas y golpeantes: yo los empujo
contra su propio fragor, yo los hundo
unos en otros; regresan otra vez, van a los ojos,
van al rostro, buscan la boca, el cuerpo:
yo los resisto, los alejo, vuelven, siempre vuelven.
Multitud espesa de letras
está ya en marcha, y es inútil el rechazo.

Luego, cuando requiera su compañía.
solitario abandonado en una orilla, luego,
casi sin cielo sobre los hombros, en libre soledad,
completamente urgido de ver cosas,
ni una se moverá, letra absoluta, hacia el labio,
y las manos, buscando con ardor, apenas arañarán
unas cuantas palabras sueltas, *todavía, mañana*,
y aun éstas lucharán por retornar a su errante pueblo,
entonces marchando hacia otro sitio, hacia otra boca,
por otra estrella llamado, por otro rey caído en la yerba.

ENTRE LOS CLAROS MILAGROS

ESTOY entre los claros milagros de este día
surgido azul, radiante, de la luz; baja el viento
como una sencilla esperanza; aguarda
toda una plenitud que se va dando
entre los ciertos, claros milagros de este día.

Escucho cómo algo late en el fondo, arde
como una seca música, como a la vuelta
de este sol y este cielo: pensar es ahora hundir
las manos, conceder la palabra al silencio;
es el viento, la sencilla esperanza.

Lanzo (tristísimo rumor)
hacia las lentas palabras de los astros,
como llamas, voraces deseos que regresan
de inútil vuelo. Hay una línea, un borde irónico
donde encontramos y perdemos.

(El día azul
sigue ascendiendo, como una rosa de incendio.)

EN LA NOCHE SUCESIVA

UNA SABIDURÍA cae de las estrellas
cuando, tendidos sobre yerba nocturna
que el viento del mar mueve,
yaciendo milenarios bajo los pinos,
como profetas o mercaderes antiguos,
como guerrero de armas desceñidas
que conoció el desierto y el caballo y el simún,
miramos fijos la sagrada comitiva,
dura y dorada, de cometas arrogantes,
de puntas de espadas.

Más que el esplendor
que la terca dulzura geométrica
de sus luces otorga;
más que la tierna lentitud
con que abren líneas lejanas,
viene de sus manos, levemente,
insecto frío, pálido, azaroso,
una grave sabiduría varias veces donada,
igual e incesante, sobre la solitaria cabeza
del guerrero o el mercader
que subió sus ojos en la noche sucesiva.

ALGUNA VEZ, EL DÍA

ALGUNA vez, el día es más,
crece como fuego
o gallo encendido
quemado por las flores.
Como un papel que el aire
mueve, se va elevando
por los cielos, se sale
del viento, se derrama
con un dorado azul
sobre los agradecidos
ojos de la memoria,
que tienen ya otra patria
más, otra todavía
radiante y pura
para estar, cuando sea
de noche verdadera,
y no le quede mirada
de hueso y no venga
ninguna piedra nueva, ninguna
flor de sorpresa.

Alguna vez, el día es más.

EL ÁNGEL QUE ENTRÓ POR LA VENTANA

EL ÁNGEL abre la ventana,
entra —su rumor se va esparciendo—,
aparta las cosas diarias,
avanza por el corredor,
va hacia mi cuarto, hacia mi silla
(dejo el libro, el papel, la idea),
desajusta la piedra del piso,
mueve con su aliento la tela
de la camisa, hace una grande,
delgada sombra iluminada
que cae sobre mi cabeza,
se acerca, está quizás
ya merodeando los oídos.

Pero se cae una risa, un miedo,
una sorpresa, caen, se agigantan
como vasos de plata en la noche,
llenan de alaridos la estancia,
de ruidos como grandes círculos.
de músicas, de lanzas.

Cuando me vuelvo, sorprendido,
bate el aire la sola ventana.

EL POEMA DE HOY

EL POEMA de hoy, cuando ya el día
quebró la frente oscura y dispersó
en múltiple caída las estrellas,
y ocupó todo el mundo el sitio
abandonado o desconocido;
el poema de hoy es el de siempre,
el de luego, el de entonces,
el solo poema que una mano
traza sin cansarse y alegre
sobre un papel que vuela vasto,
y en donde pone cielos,
astros, ígneas llamadas
que a la tarde regresarán
a conversar con nosotros.

LA REALIDAD

LA REALIDAD no cesa: está dándose
de ruido en adverbio, de
arbolados en conversaciones,
incesantemente renovada,
sin desmayo, sin detención.
Vivo río de todo, boca
que es a la vez la canción
y lo que la canción alaba;
que es el mundo que elogio, y
este letrerío en que lo digo,
y mi mano también, y el alma.
Tú no cejas: que yo no ceje
en ti, que es lo que soy,
mirada de tu agua, labio,
sitio de tu gran rostro
cuyo reposo es crecer más.

EN ESTE ATARDECER

GRACIAS, en fin, porque estoy vivo
en este atardecer de agosto,
hoy que otros que pudieran verlo
se han amistado con el polvo;

y que han dejado descuidados
(yo los recojo: son de otros),
lentos alcázares al aire,
un derrumbado y tierno oro.

Gracias porque puedo habitar
(son de otros: yo las recojo)
estas alumbradas estancias
donde canta un profundo coro

de humeantes nubes de plata
y de caballos que, aunque hermosos,
se deshacen rápidos, y
de verdes arbolados rojos;

y porque así, sin merecerlo,
grave mundo recibe el ojo,

abierto violeta en azul
que apenas siendo, aun lo es todo.

Y porque sobre el destrozado
barrio mío suave, y bajo el combo
vidrio que llamea, he visto
cómo pudo hacerse glorioso,

con sólo que el amor lo quiso,
lo que estaba desnudo y solo
hasta que saltaron las músicas
y surgió el baile poderoso.

Alabanzas

DESCONOCIDA ERRANTE

DESCONOCIDA errante que se me dió la gracia de hallar,
De quien salí, como de un gesto de la infinitud cae el
mediodía,

Parecido a ella, pero reconcentrado, colérico y pasajero;
Ya olvidada ahora, ya entre sombras delicadas y turbias,
Cayendo como con pena sobre las piedras, excusándote,
saliendo silenciosamente

De la vida en que casi no estás, como un aire esquinado
Que desde lejos suena y que las conversaciones tapan;
Niebla mía cuyo amor por tu hijo nunca amaina,
Tranquila y dulce como la gran mirada de las bestias,
Como una flor áspera de gastadas manos humildes,
Rotas en la espuma y las telas del hogar:

Me rodea por todas partes la inconmensurable pequeñez de
tus cosas,

La absurda alegría que unos papeles, unos ruidos,

Te ponen en el corazón y lo desbordan,

La fidelidad infantil a unas palabras

Donde se precipitan las letras, crujientes como llamas,

El repaso, solitaria, de unos cuantos rostros rescatados del
tiempo,

Planos amarillos, en una caja metálica.

Y también el calladísimo heroísmo
Absoluto de pensar ahora, entonces, siempre,
En grandes cielos transidos de nubes,
En perros que te acorralan la soledad y la ahuyentan,
En el caballeroso mar que regresa a la fe,
En una especie de Dios, que sin duda sonríe,
O en cualquier otro cuerpo que se parezca a la esperanza.
Pero no en el escozor, en las lagunas, en los chirridos.

No arrancaste rosas (diría la griega) que se propaguen en
el tiempo;
Trabajaste, confiadamente, para el olvido,
Contenta con el pedazo pequeño de tus días,
Con el río que hacen cesar con laboriosa prisa tus manos y
tus pies;
Incesantemente olvidada, leve, nada,
Te encamino unas cuantas palabras para que conozcan
De qué tierra se hacen las aves de la eternidad.

DE ESTE LADO SABIDO

LA ALEGRÍA de que existas me ha llenado de gozo;
porque estabas ahí, dibujada en la vida,
de este lado sabido de las cosas, y estabas
con la gracia del río que traza su diseño
ignorándose ingenua, conquistadoramente;
con la maravillosa certidumbre del alba,
cuando a un tropel de cantos organiza, al descuido.
Pero hace falta un golpe, un salto, un asomarse.
*(Súbitamente, el árbol siente que su madera
late, como una carne de casas, y hacia el aire
suelta círculos, hojas.)*

Hace falta soñar
con la fiera ruptura, con el inexplicable
caminar de la muerte; su revés sorprendido
entrega una doliente sabiduría: asombros
que me dieron la cara desnuda de la vida,
señalaron entonces el peso de tus manos,
la significación de tus uñas, tus ojos
que dulcemente existen. ¡Cuánto volvió a su sitio!
Alcé en los brazos mi gratitud porque eras,
porque andabas entre horas: se nos daba una tregua
de plata, una agonía hermosa, un proseguir.

JOVELLANOS

VISITAR las raíces donde el padre comienza
a poseer el aire, cruzado de pasos misteriosos
que el ojo aún no distingue, es como avanzar
por enormes, desvaídos grabados,
y ver al tiempo amarillo desperezarse.

Es también penetrar en el suave movimiento
a que concurren los frágiles muebles,
ya casi sólo líneas, apegadas a la luz.

(El piano, con sus clavados candelabros, donde la llama
vocifera lejana, como el grito en garganta pintada;
el armario, que es como un rústico ángel puesto de pie
y todavía tiene los pliegues del manto temblorosos;
el grande espejo que con su ojo de plata devoró un siglo,
imperceptiblemente se entregan a rara danza
y llenan el viento de delicados roces de oro.)

Por las estancias que nos es dado mirar
se abrió tu niñez, y en el gran patio hoy roto,
el acorde grave del fruto se oía al mediodía,
la tierra era cierta y en su corazón andabas,
y el dibujo implacable de las nubes dejaba caer
copia de pájaros y de aromas, y eras

tan feliz como el limonero del que ahora recojo
sus ojillos dorados, y tú rehusas mirarlos,
porque no los sembraste cuando eras niño y eras
el que inundaba con su bullicio estas avenidas de cuartos,
estos muebles oscuros donde la patria parece reposar
de haber peleado, de haber soñado sin descanso.

BIENAVENTURANZA DEL IDIOMA

SITIO del corazón, amigo que con serena mansedumbre
recibes la caída del pecho, la diaria agonía,
el ruido de la vida, en el profundo vasto ámbito.
Hermano mejor, hijo mío, padre de estatura sin descanso,
tú guardas el golpe y perseveras, y guardas
la caricia perdida entre las letras y el alarido
desplomado como una real columna de fuego
sobre tu gran río blanco; conservas el desvelo
bajo las estrellas de la isla, resuelto
en canciones apresuradas, que las espaldas
de errantes papeles llevan; tú preservas
del devorante otoño un cuerpo escaso de verdades,
unos cuantos gemidos adonde su viento no llega.
Unico oído el tuyo al que sin cesar confiamos
todo lo que nos atraviesa el vacilante pecho,
el sueño del cuerpo, el tremante corazón:
esta misma alabanza se interna en ti, en ti consigue
una callada vida de sangre siempre vuelta.

PALABRA DE MI PUEBLO

CANTA a mi lado, sustenta mi oído,
entre trabazón de números
que esconden ambiguas bestias,
aventuras frutales, dura
fidelidad a las cosas ásperas
y final temblor de letras,
como voz de adolescente.
Sale de polvorientos billetes,
de estentóreas bocas obreras
o de risas relucientes,
y corre sobre las azoteas
que blanden humildes banderas,
sobre solares apagados
y calles muchas y ligero aire,
hasta estancias de reposada vida.

Sustenta mi oído, canta a mi lado,
lengua siempre recién hecha,
rota y atendida siempre,
abierta y alegre como pecho de pobre:
acoge mi atención, colma mi boca.

UNO ESCRIBE UN POEMA

EN EL agujero del silencio
o sobre la algarabía descuidada infantil,
encontré un árbol solo con flor rosada
abriendo su caudal sobre la acera:
tenía la cresta contra la mañana del cielo,
y era como una mano, era como
un pensamiento amigo. Lo poseí
con tanta fuerza, que nos quedamos aun más solos
el árbol de flor rosada y mi alegría.
Pero luego pensé: triste, acaso imposible
era este príncipe hasta que yo vine,
y mis ojos, que atestiguan su perfección,
también le dan realidad. Y esta felicidad
mía, a solas, quizás es también imposible,
es como un árbol de flor sin embargo necesaria
que se desperdicia entre silencio y ruido,
inexistiendo tal vez, sin el ojo
que al mirarla, alegrándose,
la haga de veras. Entonces
uno escribe un poema.

EL PÁLIDO ESTANDARTE

(*POESÍA*)

RENQUEANTE, el pálido estandarte
viene a tumbarse en mi boca
(yo estaba echado bajo sueños
enormes como grandes velámenes),
suave extraño llega, parpadea
sobre mis manos, insiste en dejar
sus piedras de aire, sus ojos
en mis propios ojos, para ver
lo que desde su cara pueda
vislumbrarse todavía.
Luz o acaso sombra, amiga
de fiera querencia, acaba
tu vida entre mi pecho y yo,
selva de oro, añade
tu violencia a mi rota paz
que reconstruyo y se me pierde
como las estrellas en la lluvia,
como la gran noche que interrumpe
su paño un poco, herida, y vuelve,
llena de más horas, a dar
su bocanada de alegría oscura,

de maravillosa flora, otra vez:
tiempo de contemplar y saber,
palacio morado, existencia,
no faltes, alumbra, poesía.

A UN CUADRO, UNA FLOR

(De Milán)

CUANDO el trueno descansa, y el agua
detiene el paso puro, y el color verde
no se derrama ya sobre las hojas,
y no jadea, sudorosa, la primavera,
hasta levantar otra vez sus claras tiendas;
cuando el cielo guarda sus telas,
y el mismo atardecer recoge
una morada paz; cuando,
en fin, el tiempo es la invención
hecha en la soledad, vuelta a nacer
para los ojos quietos y para
que no la enturbie el polvo con sus dientes;
entre papeles y entre la reciente
eternidad del pulso, decisiva,
la flor, trino despacio, entra en la luz.

VIAJE A LOS ÁRBOLES

(No es allí sueño)

DONDE árboles que huellan todas las tierras
surgen y, como un paño, el aire se despliega suave,
entramos, y es un golpe de cielo
lo que súbitamente nos sorprende, es un golpe
de luz cernida, es un golpe del lomerío
que en morada distancia yace.
Otro breve país allí esperaba.

(Lo recorre
con tiento, cuidadoso, el mediodía ancho y de oro.)
Sitio tan noble y hermoso que con razón es el Jardín
nombrado.

Decir que un árbol es de fuego ya no es allí sueño.
De llamas vivas es el tronco, y arde y chisporrotea;
con la mano lo rozo, y me entrega la piel de su llama,
de un rojo que las hojas detienen con voluntarioso verdor.
Allá cerca, chorro dorado, suben otros árboles.
Desde países extraños asoman sus rostros increíbles;
algunos, de nuestra misma sangre, dialogan en aire alto
con ellos:
el algarrobo de grandes hombros, el almácigo herido,

la yagruma, reina de plata, el bienvestido,
la serena palma —sus muchas soledades, juntas.
Pero no hay espesura: todo
se mueve, quieto, en el cuerpo abierto
del aire, azul por el cielo,
errante y gris cuando toca a las lomas.

La aspereza de las plantas armadas es también suave;
espinas y verde acero y liana pugnaz
reciben el golpe de dulzura, de verdad,
y se abren como flores de lo hermoso.
(Aquella hoja que parecía de vidrio,
en realidad era de sangre;
pero quizás era una mano, una mirada, un susurro violeta.)

(Honda música)

Paseantes por el mundo bellamente inexacto de los árboles,
flechas envía al oído el vasto hojear rumoroso
de un increíble pecho:
salen las voces al aire, brotando
—como de fuente verde, roja—
de las ramas altas y movidas,
y son cruzadas por la palabra del sinsonte,
por el silbo del pájaro minúsculo
que tiembla al lado de la hoja, como una flor zafada:
honda música, forma agreste del silencio!

(Quietud fiel)

Quietud fiel que yaces entre árboles:
gracias por venir y estarte
entre mis brazos, mientras vertió su río
de espeso oro un mediodía, y allá lejos
subían al cielo las lomas más puras,
y era el aire más ligero, y estaba
todo, claro, marchando hacia lo cierto.

LAS FORNIDAS CEIBAS

LAS FORNIDAS ceibas siempre me ha parecido
que soportaban con magnífica mansedumbre nuestro cielo:
son poderosas cariátides de severo y puro rostro
que adelantan una pierna y se detienen y confían.
Me acerco a una (es la infancia) y la contemplo
espolvoreando un reinado de algodón
que va a llegar a casa, va a entrecortar el sueño,
va a quebrar el reposo de la noche.

Tan lejos está su cara, que sólo el gran pecho miramos.
Entre sus pies, cintas y monedas y aves relumbran
mágicamente.

No hay que tocar el cobre, sus ojos dispersos que
rencorosos nos miran.

Rápidamente la dejamos atrás, entre el polvo de sus
suspiros y nuestros pasos.

Ceiba casi en el horizonte, solitario y vigilante, rostro
ceñudo,

ceiba que con tu aliento llegabas al sollozante pecho,
qué distante tu rostro, las cintas de tu tierra,
el garabato negro del gallo, las embrujadas monedas

de la infancia, que aún relumbran un poco,
graznan aún, lejanas, y se pierden, como un golpe de agua,
en la sombra.

CUANDO LA LLUVIA

EL CIELO está lleno de tarde
cuando su cuerpo inicia el descenso
sobre el dibujo firme de la ciudad,
que se va adormeciendo en sus manos,
que va dando su figura al agua,
ojo que las lágrimas velan.

Un sople duro ha trizado
la armazón que contestó al tiempo;
hicieron bajar el paño
y nos ocultaron el severo barrio,
eternamente echado
contra las nubes, que siempre regresan
a la hora que las palomas conocen.

Parece que borrara las líneas,
oscuro otra vez el aire, deshechos
los que fueran estrictos bordes,
y meditara, con la cara puesta
en la ancha angustia de los dedos,
qué hacer esta vez, cómo poner ahora

lo que lucía árboles, lo que lucía
un techo puntiagudo y dorado.

Pero enflaquece aquella espesura
de cristales embravecidos;
también se cansa su pecho vasto,
llega al cabo el sueño a reclamarlo,
y vemos que han vuelto a construir
el mundo como lo comentábamos,
como lo sabemos desde hace veranos,
gran diamante repartido en calles
que sube y roza la piel del atardecer.

EL AVIÓN Y EL MAR

LAS GRÁCILES bestias del aire,
de metal aguzado, hienden la mañana,
voltean la luz, como una rosa
entre los dedos.

Suben en línea, en compañía
de finas alas; un trueno duro,
de vario origen, sueltan
entre las nubes, entre el vago país
que las pausadas auras recorren
y las palomas antiguas.

Todos las ven: las metálicas bestias
son el cielo, son la verdad ahora.

Tú estás lejano, buen amigo;
la espumeante tristeza con que rodabas
ante mis pies está lejana.

Los amaneceres que salían verdes
del corazón del agua, como yerbas
inmediatas y sobrecogedoras;
las maderas, las palabras que dejábamos
entrar en tu cuerpo; las disgregadas estrellas,
sola amistad que conocías;

los peces de plateado nervio
que te arrancábamos riendo;
toda la vasta canción que repetías,
están un poco lejos. Yo sé
que están y son más verdaderos.

EL REGRESADO

el barrio mío, el preciso ámbito de la infancia

BORGES

Cómo viaja hacia atrás del ómnibus todo el barrio;
flamea como una gran vela de piedra acostada sobre el cielo,
donde grandes bestias violetas acarrear el crepúsculo.
Son apenas las frentes mordidas de las casas, las que he
visto

arder al mediodía, despertar en las frías mañanas,
callarse, solitarias, en el centro de la noche.

Yo las conozco: veo hogar en sus piedras;
cae de ellas como una lluvia de realidad.

Ahora, al caminar, puedo saber de dónde es este trozo de
acera,

o el borde polvoriento de aquella calle,
o ese sonido inconfundible, o aquel olor que se levanta
guardando una música que sólo mi oído agarra.

Todo lo recojo, lo reúno, lo siento

al entrar otra vez en su espeso reino, delicado,
aunque esos papeles lo manchen agriamente.

En su entraña, latiendo como selva a mi alrededor,
al penetrar descendiendo, regreso, voy por mi corazón.

LO CONOCIDO

ALTO, desde este sitio elevado,
lo conocido tiembla allá abajo,
lo que está dentro aunque se quede
con su sencilla vida lejana.
Repetido por suaves ecos,
me llega el golpe del martillo,
desde la casa de humilde majestad
rodeada de maderas, ascendiendo
como una espuma entre duras manos.
Y una bruma gris no se deshace
(es el aliento de un hombre bueno),
se va abriendo entre los árboles
como cabellera de las casas.
Todavía más lejos, ya dibujo,
toda la ciudad miro y amo.
Podría extender las manos
hacia sus diminutas formas.
Alto, desde este sitio alto,
encuentro mis ojos antiguos
(esto era yerba, yo era niño)
al habitarme la mirada,
río de amor, el mismo mundo,

lo que distante se inmoviliza,
la honda niebla, el fino árbol,
el eco que salta de campo en campo
como una severa golondrina;
alto desde este sitio, alto.

HACIA EL ANOCHECER

Que allí tuve un buen amigo

MARTÍ

HACIA el anochecer, bajábamos
por las humildes calles, piedras
casi en amarga piel, que recorríamos
dejando caer nuestras risas
hasta el fondo de su pobreza.
Y el brillo inusitado del amigo
iluminaba las palabras todas,
y divisábamos un poco más,
y el aire se hacía más hondo.

La noche, opulenta de astros,
cómo estaba clara y serena,
abierta para nuestras preguntas,
recorrida, maternal, pura.
Entrábamos a la vida
en alegre, en honda comunión;
y la muerte tenía su sitio
como el gran lienzo en que trazábamos
signos y severas líneas.

LA TARDE EN EL PATIO

LOS PASOS de mi madre
anuncian el frescor o la tierna visita
del agua, cuando en el patio rozan,
ido ya el mediodía, y un silencio
blando descende, como nube pura.
Sus pasos, sus caricias en el suelo,
cruzan la estancia clara,
traen lo dulce y lo suave a la sencilla
piedra; besan las hojas,
suben hasta la sorpresa de mi oído.
Los pasos y mi madre ya están aquí, y de súbito
cesa el silencio, y salta la palabra *hijo*.

2

EL PATIO está callado y sereno: envuelto
en un agua violeta, va perdiendo la brusca
piel que le diera el mediodía.
La humareda de las ramas se oye crecer en la tarde,
y se escuchan caer las sombras en el piso.

Todavía puede abrirse una ventana de oro,
o atravesar su nieve en vilo una paloma,
y a través de esa sombreada paz, lanza el sinsonte
la clarísima aguja de su canto.

3

*...rompiendo el alma mía
penetran, como pájaros, los ruidos de la casa.*

ALFONSO REYES

LA CASA, llena de ásperos ruidos
o de una profunda música
(pasos, puertas, instrumentos
del hogar), queda en el aire
como una quieta flor de sonido.
Los delicados golpes del perro,
ligera hoja sobre el piso,
cayendo como el atardecer
detrás de nuestras carreras;
la melodía del sinsonte
que en medio del patio se levanta
para mezclarse con las hojas;
el plato, la risa, la llave
que entra como un afable amigo,
viento de serenidad,
en mi oído quedan detenidos,

y son como mi propio cuerpo
más allá de la piel, tendido
un poco hacia la luz y el sueño.

PALACIO COTIDIANO

Yo DECÍA que el mundo era una estrella ardiente,
laberinto de plata, cerrazón con diamante:
y ahora descubro el júbilo de la estancia minúscula,
la vida emocionada del vaso entre mis labios,
más cristalino y claro si el sol se apoya y canta
en sus paredes límpidas; ahora veo el dorado
temblor que se levanta del pedazo de pan,
y el crujido caliente de su piel: y me es fácil
entrar en el palacio cotidiano, manual,
de las enredaderas del patio, donde un príncipe
de silencio y de sombra calladamente ordena.

Y es que a esta vivienda que va horadando el tiempo
—la cual es más hogar mientras es más profunda—
tú trajiste la primavera de tu beso;
trajiste tus sonrisas, como una fina lluvia
vista entre los cristales; trajiste ese calor
dulce, para el reposo, para el sueño posible.
Y supe que era bello el mundo aun fuera de ese
centro de perfección: el amoroso palio
del rocío, y el vidrio que calza y rompe el aire.

Como quien abandona las lanzas y destina
sus manos a los árboles, que se vuelven viviendas,
mis ojos, amarrados a relámpagos de oro,
dejo caer ahora sobre la pobre mesa,
sobre la luz medida que ha inundado mi casa,
sobre el silencio y la quietud que la acompañan:
y miran cómo sale un sereno color,
una vida armoniosa y honda de sus cuerpos.

LOS OFICIOS

*yo respeto
la arruga, el callo, la joroba, la hosca
y flaca palidez de los que sufren.*

MARTÍ

EL ZAPATERO

GRUESO, seguramente vivo,
con paso de señor severo,
va por el parque, ondula
como un barco grave. Le decimos
algo de la piel, del color,
del tacón, de que mañana
recoja o devuelva los zapatos.
Atento asiente, con su gran saco
al lado jadeante, como un niño;
luego lo carga otra vez, paternal,
hace señas de saberlo quizás todo,
y respirándose el aire entero
hacia el cielo de oro camina,
tan verdadero y tan cabal
que el pecho se le llena a uno
de algo como orgullo o deleite
al saber que un emperador secreto
se desvela por nuestros zapatos.

EL LADRÓN

PODRÍA estar triste, pero está
de pequeño aventurero;
le suenan en la oreja continentes,
breves selvas, hierros, palacios.
(Quiero decir que entra al jardín
y por la ventana se allega
a las estancias sordas de un señor.)
¿Qué hacer con candelabros y copas,
con anillos, con monedas, con
estatuillas, con arracadas
que son como los ojos de la sombra?
¡Tanta madera oscura vuelta
mueble terrible, tanto sinsonte
descendido en la almohada! La aventura
se abre como la venganza o la justicia,
de tan secreta, desconocida. Y pensar
que puede concluir este laborioso,
este artífice de la pequeña audacia,
lejos de las humildes estrellas,
impedido de asolearse en los parques!

EL MENDIGO

ESTÁ rodeado de poemas.
Le golpean los pronombres.

También los endecasílabos puros.
Monedas que no tiene saltan
como pájaros por el sombrero.
Algunas sonrisas, la barba,
una lata de oro le bastan.
Bajo las matas más hermosas
yace con la arboladura a cuestras
de los cometas y los dioses.
Dicen que se levanta riendo
como un obrero que fabrica
el dinástico palacio de nadie.
¡Qué amistades más verdaderas
la de los perros y los papeles!
Está rodeado de letras.
No sabe leer ni morir.
Inutiliza diariamente todos los libros,
selva pastosa de otro humo.
Suyo es el reino,
el reino.

EL MAESTRO

ENSEÑA lo que es ciento tres,
un archipiélago, un leopardo,
enseña los dientes amarillos,
la tela donde tanto estuvo el tiempo
que se parece a una laguna,

enseña a cantar, a decir verdad,
la corbata anudada al árbol,
el árbol anudado a la raíz,
el corazón, la calle roída
por los atlas donde el agua se queda
maravillosamente quieta mientras la rosa
gira entre el polo blanco y el dedo
que va de Oceanía al tintero,
y luego al oído que atiende
cómo se suman decimales
hasta que llegue por fin el timbre,
la algarabía, las naranjas.
Enseña su pobre vida como un diamante
que nadie se detiene a mirar
porque parece una escama de copa.

EL POETA

MIRA atento al estruendo
casi blanco del gallo
y a las mansiones posibles
por el agua, por el aire,
a las piedras últimas del
mundo, al flanco con enjambres
de ternura donde lidia
la perfección con la piel,
mira la retumbante caída

de la tarde, aguda, verde,
y al humoso nacimiento
de una cara, quizás de un bosque,
seguramente de un amigo,
siente que es muy breve el cielo
o muy detenido el rocío,
lo hace acodarse un libro,
un cerdo que chirría, una tela
olvidada en una silla,
un caracol muerto, un lápiz vivo;
y cuando cambia con la noche
crujidos verdaderos y aleluyas,
le tiran de la mentira,
y para fingirse falso
escribe un número, quince, nueve,
o con tinta roja mancha la mesa,
o niega, o asiente muy serio,
o dice *quizás*, o no dice nada.

EL VENDEDOR DE PERIÓDICOS

NEGRO, blanco, rojo, azul
el vendedor de periódicos canta
su ópera donde la doncella
huye con alas de papel,
y donde el vasto caballero

entre carros y verduras
y algunos alumnos premiados,
con hierros y pastillas la sigue
hasta el pie de la próxima página.
El niño casi convencido afirma
que es la última, que hubo mucha sangre:
parece que jugara a estar
ofreciendo el mundo, proponiendo el país
como un dios travieso. Pero alguien
lo llama, lo deshoja, lo echa
por el agujero del ómnibus.
Y el dios breve no se transfigura
en el vengador colérico que esperamos,
y olvidado de que fundaron lágrimas
dice lejos que es la última, que hay sangre.

Tamaños irreversibles

CANCIONES DE ANTES

Y tú, ¿qué has hecho de mi pobre flor?

1

MEDROSO y amante grabé el aire, el polvo que oprimía
con los pasos del niño, los sitios en que alzaba
torres con frecuencia reales, líneas de cristal;
los rápidos países visitados con un perro
que recogía gritos y lágrimas en su temblorosa vida;
los juegos bajo la pobre lluvia, entre amigos
que el extraño mar depositaría luego
en cuartos, bodegas, estancias de locura.

Pero hoy regreso y los diamantinos charcos
me vocean un rostro que no puedo entender,
otras alegrías que no penetro prodigan a mi lado,
enmarañadas redes, palabras de un perdido idioma,
otras nubes, otros aires, una lluvia
que no cae para mí, para impedirme o entristecerme el
breve corazón,
y que me empuja fuera, a otro sitio al que sollozando
marcho.

EL CORDIAL viento que lleva los poemas
de las miradas, de las señas, del ay,
con los papeles blancos en su pecho
como una mancha de dibujados peces,
alguna vez, cuando cerrado escarbo,
canta devolviendo, tal una joven bestia
a orillas de la tarde. Escucho su silbido,
oigo mis propias cosas regresar de su vientre,
rasgado por un soplo de tiempo,
veo la retorcida procesión,
deshilachada ya, pero todavía reconocible
por esta boca, por ese guijarro color del oro
de lo que no quería, por la vacilante
sombra de mis cabellos. Y siento el imperioso
amor de mis despojos, como un beso
que escala por los huesos. Siento
la tristeza de haber permitido el desplome
de ese hostil único sitio mío, de ese sucesivo
dolor desde el que escucho, todavía, el cantar
del aire que en un tiempo fué mi propia,
mi desaparecida canción.

*¿Cómo quieres que una luz
alumbre dos aposentos?*

1

INDIFERENTE, pálido,
abierto por el frecuente corazón,
torre sin rectitud, he andado
como una abeja en la mitad del mundo.
Pues me cobijo a veces en las cordilleras
de cosas justas y letras,
y otras errando
me silban cielos andariegos, vagabundos
de barbas y astrosas telas,
relampagueantes sabios que con platos
metálicos departen, y resuelven
los planos de estío, las aéreas piedras.
Torre sin rectitud, camino
rasgado por la frente, dividido
entre adjetivos y árboles.
Algo siempre canta severo,
y algo alardea y desaparece
como un vaso cuando se marcha
brusca, definitivamente.
Sin que la mano manche
se pone sobre papel y madera,
hurga y luego parece que descansa.
Pero no reposa: llora

buscando desacompasada
la justiciera, última compañía
de los dedos, de las almenas,
de los temblorosos dedos.

2

ESTOY solo otra vez en la noche.
Quizás no escucho una voz de antaño
que sujetaba firme mi corazón
y me ahuyentaba el agudo desasosiego
ladrando, dividido, hacia otras caras.
Quizás no puedo despertar en la sola madrugada
y lanzar susurro, mirada o grito,
para sentir el reiterado deshojarse de unos pasos
y una mano en la frente y un tibio caer de telas.
Porque, salido de la suave, la acogedora noche,
quise ver las cristalinas espadas del día,
saber del poderoso viento de oro sobre mi frente,
los animales bajo la recta luz, las yerbas exultantes.
Pero cuando el ojo, colmado de la llameante alegría,
quiere entrar en el grave reposo de la casa
hacia cuyos vidrios canta el atardecer,
ve huída su noche, ve escapada su riqueza de sombra,
ve los fuegos caer con risa extraña.
Sé que no escucho ya esa voz, pero el ardido
rostro aguza su combate y, otra vez, clama.

SONETOS PARA LA ESPERANZA

I

HIÉREME la mirada y cristalina
mente penetra hasta los hondos ojos,
y entre fragores y sonidos rojos,
terrible, dame a conocer tu harina.

Precipitado hiere y reconforta,
mata y revive, luz que llamas donas,
porque tus quemaduras fieras son a
mi vida el dulzor único que importa.

Porque he de poner áurea la verdura
del tiempo, con el oro de tus llamas;
porque he de endurecer suave ternura

con el golpe que otorgas a quien amas,
y hallar, perdido al fin en tu espesura,
que hay otra luz más cruel y más segura.

AMIGO mío verso, yerba amiga,
brazo, llanto, sonido: te recuerdo
cuando otra rosa ya imposible pierdo,
cuando no quiere el viento atroz que siga

de canciones llenando y primavera
su sitio que era el mío: tú me das
reposo en tus estancias, noble paz
cuando abandono el alma en tu ladera.

Tela final, humilde camarada,
nos quedamos temblando de repente
sujetos bajo el agua de la nada,

mientras pasa ladrando viento o gente
con palos y con piedras, con azadas,
y hablamos quedamente, quedamente.

Todos danzan ante la soledad
de la madera rota; todos dicen
sílabas rajadas, y bendicen
la caída del árbol: majestad

o sencilla alegría de sus frutos,
hoy, mueble del otoño, todos muerden,
sus ramas pisan, sus raíces pierden
bajo la yerba y sus polvosos lutos.

Y dan también sus flores temblorosas
a la boca del fuego vacilante.
Crujen aún a la tarde espumosas

risas de áspera muerte. Sólo ante
la noche tendrá paz; sus turbias cosas
acogerá la gris madre gigante.

4

ENTRA en la soledad bajo la flecha,
ave eleática por siempre sola,
como la ola de ayer, la misma ola
que el brusco mar hoy en la orilla echa.

Rodeado de silencio, sordo, acecha
acercar a otro oído caracolas,
palabras deshojadas, ruidos, viola
de respirar, en la incesancia estrecha.

Pero regresan las palabras, vuelven
sin abrir, sin rasgarse los secretos
que flojas telas donan más que envuelven.

Se queda solitario, con sus quietos
verbos que nadie escucha, bajo la honda
luz de la flecha que, incansable, ronda.

5

No PUEDE el viento herirte: la estatura
de mansedumbre fija te examina
sin hallar balbuceo ni blandura
donde clavar su diente que malsina.

No puede desgarrarte noche oscura:
cae con estrella en vilo, con la fina
manta de los temblores, y en tu pura
cara de sueño cesa la asesina.

No basta el mar tremendo a estremecerte:
qué pobres son sus manos de diamante
cuando te quieren dar golpes de muerte.

Y cómo vuelven todos, ahora amantes,
hacia tu rostro, para que sonrías,
¡mar, noche, viento cierto —madre mía!

Sí: ES un juego, el desigual diseño
de otro país, de otra persona, de
lo que vamos a ser: tú serás rey,
tú serás niño, tú serás sueño.

Puedes gritar o ir o estar deforme
o hermoso hasta el delirio de las llamas,
y puede acompañarte quien tú amas
a ese patio algo roto, pero enorme.

La tarde se cae ya: vamos, apura
la torre, que se acaba, que regresa
lo que es de veras a la noche oscura.

Pero quizás no era mentira esa
manera de portarse en la aventura.
No sé, se cae la tarde, y algo empieza.

TAMAÑOS IRREVERSIBLES

¡QUÉ TAMAÑOS irreversibles han adquirido las cosas! ¡Qué grandes mandíbulas en los rostros donde humeaba la vocecilla! ¡Con cuántas manos vienen hacia acá los cuerpos desde ropas que yo sabía breves y saltadoras! El caballero verde que fundaría sin duda un imperio, meticoloso, justo, limpio hasta el fin el mármol fino. Y aquel audaz, aquel de metálica voz, ¿cómo puede entre tantos papeles, entre carpetas y pasos sostenerse en el ómnibus que apenas lo acoge? ¡Qué satisfecho el tembloroso, el grueso del silencio, qué satisfecho porque hoy comerá al atardecer, en su basto plato terroso! Los grandes planes de bronce, las necesarias cosas, bruñidas, intocadas, esperan lejos, mientras a media vía, con sonrisas a ratos, ellos levantan latas, manos ásperas, y, al cabo, son felicísimos. Otros harapientos que iban a ser reyes antes de olvidarlo los acompañan. ¿Ven ellos al desolado, delgado harapiento, que iba a ser rey también, y ahora levanta su lata y casi sonríe?

2

UNA TARDE al oscurecer se regresa del cementerio blanco, en lo sereno de El Vedado. Silenciosa pajarería de ángeles

y héroes nos vió acompañar el barco negro de alguien, de nadie. Algunas voces que iban hacia los irónicos árboles, algunas caras, la premura del viento, el atardecer inminente: ¡amigos! (Sin duda están por aquí los huesos de un hermano, finos como raíces.) Lejanos, los negros acompañan en un silencio igual su nuevo ausente. Y con algún pudor, al cabo emprendemos los mismos banales únicos pensamientos, mientras la arenisca se queja como un niño bajo los graves pies desacordes.

EL QUE HABLA EN LA SOLEDAD

AY, SOLEDAD, que me acompañas
tan apretada con mis huesos,
compañía de adentro: márchate,
deja que conozca más
las amistades que me hacen
el rostro con sus lumbraradas,
con sus entregas y sus hurtos.
Perra del corazón, obstinada
soledad que no me abandonas
y abandonado me deseas
a tu manto oscuro, a tu cuerpo.
No puedo ver los sueltos árboles
del atardecer, el agua
chispeante de las cosas todas,
las manadas que toco y pintan,
en justo pago, mi figura.
Solo contra tu gran pecho
de madre enloquecida y áspera,
cerrado, sin la luz cualquiera
de los cielos o las ventanas,
no más llamear que el de tus ojos,
no más viento que el de tu boca

llega a mi casa palidecida
de estancia, de soliloquio.
Abre la mano que es el polvo
donde mi garganta se seca,
abre los dedos pardos, deja
que se precipite la mañana
sobre mi frente, y que concurren
mesas y mejillas, gente
de piel o tela, a mi alegría
de soledad rota, de abierta
soledad, de conocimiento.

Del claro espejo

Amistad verdadera, claro espejo

J. R. J.

OS AMO

Os AMO a todos, graves árboles,
verde espesura, que lanzáis,
como los árboles su sombra,
la luz serena de los rostros;
como los árboles sus ramas,
la lluvia amiga de las manos;
como los árboles sus flores
desparramadas en el viento,
puras, entrañables palabras.

Y en la cerrazón de la sangre,
cuando chispea negro el mundo
y se resquebraja el aire;
cuando cesa el azul su aliento
y sentimos avanzando
caballo, mar oscurecidos,
¡qué alegría el que seáis,
altos en medio de la noche,
claras las frentes y verdeantes,
como los árboles, como los árboles!

PARA UN NIÑO, AMIGO MÍO

COMPAÑERO que
traes junto a mí
tu travieso, puro nombre:
haces que a ratos
se me acerque tu reino
de bamboleantes nubes,
indios, cuerdas y lanzas
y bestias de justa fábula
(¡ay que fué mío —ido!).
Y tu diminuta voluntad
rehace la piedra
de la calle, organiza
el pasajero aire
entre luceros.
Y un pan blanco
y crepitante rompes
en mi oído, y regalas
con su harina mi sangre.
Y por unos instantes
también merezco mirar
tu estatura de cazador.
Y el dueño de la sombra

se espanta de tu luz.
Y me libras de todo
mal.

Amén.

PARA FINA Y SU BELLO NIÑO

*Fina, la medianoche.
Oigo los nudos del rosal...*

GABRIELA MISTRAL

Oí UNA voz un día, vi un rostro
(era verdaderamente un día)
que me alimentan el corazón
y me deciden la alegría.

Estaba herido como el otoño
cuando el viento lo despedaza.
Pero oí una voz y un rostro vi
que primavera comenzaban.

Era tu voz la que venía
y era tu hijo el que miraba:
sombra tuvo suave el sentido
y alborozo la mirada.

Oigo los nudos del rosal
en esa voz; yo tiemblo: miro
la luz que le echa la sonrisa
a los ojos del bello niño.

Cómo quiere mi corazón
que no le falte ese sonido
y esa sonrisa con que alumbra
el rostro cierto, el rostro niño,

y se me conceda saberlos
mientras la luz me pertenezca
y la imperiosa medianoche
no me agoste la poca tierra.

POR LA AMISTAD DE LA LUZ EN LA CASA

*Para Eugenio Florit, de quien es todo
el poema, y más el primer verso.*

POR LA amistad de la luz en la casa,
todo es más cierto —la flor y la alcoba,
y aquel cercano arbolado que roba
algo del aire y otorga su raza

a este momento de adentro que pasa.
Mira bronceína a las manos la loba,
cantan las tablas, los libros: ya no va
a deshacerse después esa taza,

ese sillón, esa frase, ese ruido,
esa manera del frío: se guardan
ahora en la mano, la frente, el oído,

de tanto amigo de veras que enlaza
su corazón a los varios que ardan,
por la amistad de la luz, en la casa.

OTROS AMIGOS

Un libro y un amigo, un sueño breve

Anónimo sevillano

HAY OTROS amigos verídicos,
otros, cuyo corazón
desentierro de un armario:

El detenido en una isla
con todo el idioma a cuestras,
agujereado el pecho, limpio
el ojo que se dividen
chispa de oro y lágrimas;

el duro español infinito
a quien, como piedras, las palabras
le rompían manos y boca;

el lector de corceles, el pálido
geómetra de los alaridos.
(Le veo el rostro de hueso, las figuras
que la agonía ilumina y viste
como cuando las líneas son árboles.)

Y dialogantes rápidos, incesantes,
nutridores de grande aliento
que se desgajan como un río,
como un gran madero caen,
y luego, al bajar la noche,
se recogen humildemente,
muertos de papel y mansedumbre,
y en multitud anónima
otro día, otro año, esperan
la mano y la mirada sedientas.

AGRADECIMIENTO

UNA LUZ que no me ciega
sino dice al ojo su reino;
un pan que nunca me abasta
y que la boca exige siempre;
una estancia que el pie conoce,
ni enlaberintada ni magra;
una palabra que es la música
que alimenta y justifica al oído;
un aire de sereno andar
donde caen la respiración
y la sonrisa y el gemido:
una luz, un pan, una estancia,
una palabra en tierno aire,
todo eso dan las manos
que se tienden al dañado,
al oscuro, al polvoriento,
al triste vaciado y errante:
todo eso me dan las manos
que me tienden, ¡benditas sean!

Indice

ES POR TI

1. <i>Cuando me va a faltar la piedra</i>	9
2. <i>Cuando el ciervo regresa cansado</i>	10

OTRA ARRIBADA

Toco tus bordes	13
Sólo existe	15
Otra arribada	16
No hay noche	17
La visita	19
Hacia el alba	20
Las estrellas	21
Tiempos	23
Por otro rey	24
Entre los claros milagros	25
En la noche sucesiva	26
Alguna vez, el día	27
El ángel que entró por la ventana	28
El poema de hoy	29
La realidad	30
En este atardecer	31

ALABANZAS

Desconocida errante	35
De este lado sabido	37

Jovellanos	38
Bienaventuranza del idioma	40
Palabra de mi pueblo	41
Uno escribe un poema	42
El pálido estandarte (poesía)	43
A un cuadro, una flor	45
Viaje a los árboles	46
Las fornidas ceibas	49
Cuando la lluvia	51
El avión y el mar	53
El regresado	55
Lo conocido	56
Hacia el anochecer	58
La tarde en el patio	59
Palacio cotidiano	62
Los oficios	64

TAMAÑOS IRREVERSIBLES

Canciones de antes	73
Sonetos para la esperanza	77
Tamaños irreversibles	82
El que habla en la soledad	84

DEL CLARO ESPEJO

Os amo	89
Para un niño, amigo mío	90
Para Fina y su bello niño	92
Por la amistad de la luz en la casa	94
Otros amigos	95
Agradecimiento	97

Alabanzas, conversaciones, de Roberto Fernández Retamar, se acabó de imprimir el día 30 de noviembre de 1955, en los talleres de la EDITORIAL Muñoz, S. A., Privada del Dr. Márquez 81, México, D. F. En su composición se utilizaron tipos Baskerville de 12:16 y 10:12 puntos. Se tiraron quinientos ejemplares en papel Offset. Cuidaron la edición *Ali Chumacero* y *Felipe Orlando*.

